

SE VEÍA VENIR

Se veía venir. No estaba bien de la cabeza, no señor, ni lo está ahora ni lo estaba antes. Dijera lo que dijera la asistente social, una raspa de cuidado, con sus aires de mosquita muerta y su cara de rata, no sé, a lo peor todas las ratas tienen cara de asistente social, bueno, pues empeñada en que no, que ella no veía nada raro en que doña Sagrario viviera así, sola y rodeada de miseria, y ella hablando siempre de autonomía personal, que no sé exactamente qué coño es eso, pero que por lo visto doña Sagrario tenía mucha, a lo peor era lo único que tenía la pobre, eso y mugre, toda la mugre del mundo, pura desidia, ya me hubiera gustado a mí leer uno de sus informes, ya, por curiosidad, sólo por eso, que me da que pensar que no fuera capaz de notar nada raro en sus visitas, que no pasaba de la puerta, y no es una sospecha, que lo veía la del tercero, justo se asomaba, y a lo peor ni eso, que se limitaba a llamar, a comprobar que doña Sagrario seguía viva y se marchaba, sin más, por donde había llegado, igual hasta pensaba que hacía lo que debía, igual hasta eso, pero no, que tenía que notar el hedor, que no era normal, claro que ella ni se molestaba en pasar de la puerta, seguro, preferiría dejarlo estar, evitarse el trago amargo, mejor evitarse las complicaciones, para qué iba ella a darse un mal rato si al fin y al cabo dijera lo que dijese su informe los servicios municipales se lo iban a pasar por el arco de triunfo, como si no tuvieran otra cosa en que ocuparse, vamos, de modo que para qué, nunca hay quien decida tomar el toro por los cuernos, y menos en algo así, que mucho prometer y mucho pedir el voto en vísperas de elecciones pero en cuanto están en el sillón si te he visto no me acuerdo, nadie hace nada, de eso nos quejábamos todos los vecinos, de eso precisamente, que estábamos hartos de pasarnos por las dependencias municipales para colocar todas las denuncias del mundo, y por comisaría, y allí donde quiera que admitieran una denuncia, que hasta en la parroquia habíamos estado en varias ocasiones presentado nuestras quejas, que ya no sabíamos a dónde

acudir, no por nada, sino por si alguien podía hacer algo, sobre todo por ella, que eso no era vivir, pero nadie hacía nada, todos lo entendían, que sí, que sí, que lo entendían, pero de ahí no pasaban, pues si lo entendían, coño, que hicieran algo, pero no, para eso estaban los servicios sociales, de modo que las quejas acababan donde siempre, en el cubo de la basura, todo lo más enviaban una patrulla de la policía municipal que se limitaba a constatar los términos de la denuncia, como si fuéramos a mentir, que el olor no miente, señor guardia, y si no que olera, que olera, así se lo dijo Ramona Ros, la del entresuelo izquierda, pero ellos no podían hacer nada, mejor dicho, hacían otro informe, joder con los informes, que tampoco servía para nada, como los anteriores, que lo que hacía falta, señor guardia, era que entraran en casa y comprobaran toda la miseria que acumulaba doña Sagrario en su piso, pero ellos decían que si doña Sagrario no les abría la puerta no había nada que hacer, fijate tú, por lo visto se necesitaba un papel, otro papel, que este sí que servía, una orden de registro firmada por un juez, y ya les decíamos, pues que venga el juez y que huelga que iba a acabar firmando el verbo firmar, pero los municipales se iban por donde habían venido, como comprenderás no había motivos suficientes para tanto, eso pensaban todos, menos nosotros, los vecinos, que sufríamos las consecuencias y se nos iba un presupuesto en ambientadores y colonias, porque había días en que el hedor era insoportable y una no sabía ya a qué recurrir, de nada servía cerrar puertas y ventanas, a cal y canto, de nada servía aporrear su puerta, llamando, para intentar que se aviniese a razones, ella no abría, o no estaba en casa, que vete tú a saber, que las pocas veces que crucé dos palabras con doña Sagrario fueron hace tanto que casi ni recuerdo, y últimamente no había quien le hiciera dar su brazo a torcer, nunca lo hubo, no hubo forma de hacerle entender que no era plan, pero doña Sagrario no admitía que nadie metiera sus narices en sus asuntos, es un decir, que las narices, por desgracia, las metíamos todos, que era una peste inevitable, y por razones obvias si alguien no deseaba meter algo era precisamente las narices, el caso es que acababa por montar unas trifulcas de padre y muy señor mío y nos llamaba de todo menos bonitos, desgraciados, que éramos unos desgraciados que no teníamos caridad cristiana, y cerraba la puerta de golpe y nos dejaba con la palabra en la boca y un palmo de narices y el aire apestando el descansillo, todo el hueco de la escalera, y todos nos íbamos protestando, que teníamos razón, no la íbamos a tener, toda la razón del mundo, con eso nos quedábamos, amenazando con presentar una denuncia, mira tú qué

amenaza, para lo que iba a servir, y todo seguía igual, menos la fetidez, que iba en aumento, sobre todo los días de calor en los que doña Sagrario abría las ventanas y nosotros también y no podía ser, que no había quien soportara semejante tufo, hasta que a alguien se le ocurrió indagar hasta dar con unos pariente, unos sobrinos y una cuñada, pero mira, se llamaron andana, a ellos qué les importaba, como para hacerse cargo de nada, un día se dieron una vuelta y vieron lo que había, se olieron la tostada, como para no olerla, tú, así que dijeron que doña Sagrario estaba bien y que mientras se valiera por sí sola no era menester que la familia tomase medidas, además, dijo la sobrina, una ficha de mucho cuidado, que de sobras se veía que la familia se la traía floja y la cosa se le iba en cálculos, que lo que pasaba era que doña Sagrario, su tía, era una mujer muy independiente y no estaba por la labor de irse a vivir con ellos, lo que yo le dije, que si hubiera habido de por medio un qué otra cosa hubiera sido, palos se hubieran dado por heredarla, y arrastrando del moño se la hubieran llevado, que la conveniencia es así de veleta, y la sobrina se me engalló, a ver, qué quería yo decir, a ver, qué andaba yo insinuando, y lo que le dije, bonita, de insinuar nada, que bien claro lo había dicho, si era necesario se lo repetía, música le podíamos poner, mujer, pues estaríamos listos, y la calé a la primera, no la iba a calar, si se veía venir desde el fondo de la calle, de llevarse a la tía ni glorias, de qué, pero bien que quiso saber si el piso era de su tía, y mira, sólo tenía que sentarse a esperar, total mucho no podía durar doña Sagrario, entonces sí, aparecerían como buitres, claro, al husmo de la ganancia, íbamos a ver entonces, el caso es que no se les volvió a ver el pelo y la cosa andaba como atorada, sin que nada hiciera prever un mínimo cambio, que solución, lo que se dice tal, ya nadie esperaba que se pudiera hallar, pero al menos un alivio, algo, pues no, nada, y no recuerdo ahora quién fue, seguramente don Serafin Dueñas, el del segundo, que vive puerta con puerta, que me lo echan a mí de penitencia y me condeno, vamos que si me condeno, pues a lo que iba, don Serafin nos dijo un día, alarmado, que hacía un tiempo que no veía a su vecina, a doña Sagrario, que hacía días no la veía acarrear talabartes escaleras arriba, como de costumbre, y que aunque en otras ocasiones había pasado algún tiempo sin tener noticias tuyas, ahora, o sea entonces, él creía que era distinto, que por las noches le parecía escuchar algo así como un lamento, un quejido angustioso que le ponía los pelos de punta, como clavos del diez, pero todos le dijimos, don Serafin, si no serían los gatos, que andaban en celo, además no sería la primera vez que don Serafin escuchaba voces,

qué hombre, siempre pensando en el más allá, con lo bien que se está en casa, y ahí hubiera quedado la cosa de no ser porque Tramullas, el del tercero, tomó cartas en el asunto, mejor dicho, las tomó su mujer que le dijo, Tramullas, o haces algo o te vas a enterar, ya podía irse despidiendo de, ya le dijo de qué, alto y claro, y Tramullas bufó un rato largo y se le hinchó la vena profiriendo unas amenazas que ella escuchó sin inmutarse, que sabía que era poco más que una pose, con todos allí, escuchando, a ver, para decirle apenas acabó, lo ves, Tramullas, que se le iba la fuerza por la boca y que si quería hacer algo útil en su vida allí tenía ocasión, y Tramullas acabó por quejarse, que como broma ya valía, pero aunque le amenazó por las bravas, ya hablaremos tu y yo más despacio, fue él mismo quien en un alarde de decisión inesperada se plantó a la puerta del piso de doña Sagrario y llamó al timbre, pero el timbre no sonó, ni afuera ni adentro, no sonó, de modo que Tramullas golpeó con los nudillos mientras todos comenzábamos a taparnos las narices, no fuera a abrirse la puerta, sólo de pensarlo el olor se espesaba haciéndose más denso y presente, pero nadie respondió, así que Tramullas miró a su mujer y tuvo que volver a llamar a la puerta, con algo más de brío, en tanto que Inesita, su mujer, algo mosqueada le iba diciendo, pues mira que como ande doña Sagrario algo teniente se iba a enterar porque sí, de modo que Tramullas, picado en su amor propio le propinó a la puerta un par de puñetazos y la puerta cedió, por lo que se ve la cerraja tenía algún muelle flojo, y ahora sí que nos llegó a todos un tufo hediondo que nos echó hacia atrás, como una bofetada, y fue Sole, la del entresuelo la que se atrevió a decir algo que todos pensamos de inmediato, porque el olor putrefacto no podía proceder sino de la descomposición avanzada de algún cuerpo, y no precisamente celeste, no nos cupo la menor duda, y todos lo pensamos, ya digo, aunque únicamente Sole se atrevió a hacerlo en voz alta, joder, a ver si se ha muerto la vieja y lleva así varios días, y don Serafín Dueñas, el pobre, estuvo a punto de desmayarse, una lipotimia dijo luego que era, pero para mí que era canguelo, y como seguro que no fue el único, que nos entraron a todos unas prisas enormes, pero Inesita, que tenía un par así, tal que así, no menos, se plantó en jarras y nos echó en cara que mucho decir, mucho decir, pero que a la hora de la verdad sálvese quien pueda, que de allí no se movía ni dios, de qué se iba a mover nadie, hombre, estaría bueno, y le dijo a Tramullas, ya estás entrando, tú el primero, y el pobre le miró y al no detectar asomo alguno de indulgencia exigió, que sí, pero que allí entrábamos todos, uno detrás de otro, que allí no se

libraba bicho viviente, y claro, al nombrar lo del bicho viviente, como la imaginación es libre, el canguelo regresó, si es que se había ido, pero la suerte estaba echada, Tramullas empujó la puerta y tuvo que hacerlo con decisión y fuerza para que cediera lo suficiente para poder entrar porque un sinfín de cachivaches amontonados, botellas de plástico, latas, cajas de cartón y bolsas de basura, tiradas sin orden ni concierto impedían que la hoja de la puerta dejase libre el paso, cedió lo justo, ya digo, para pasar de medio lado, unos con más dificultades que otros, que a don Serafín le costó un disgusto y se dejó los pelos en la gatera, tres botones de la camisa se le fueron en el intento, pobre, y según íbamos pasando, despacio, despacio, que no se podía avanzar por entre la basura acumulada en el pasillo, íbamos sacando los pañuelos, y cada vez la peste era mayor, dios, cómo podía vivir nadie allí, y como casi no veíamos dónde andábamos poniendo los pies, blando, blando, todo era aprensión y decir, Tramullas, coño, que echase la luz, o no veía que allí no se junaba ni para jurar, claro, lo que pasaba, se quejó Tramullas, era que no había hijo de madre que pudiera encontrar el interruptor, y lo peor fue que cuando lo encontró, que todos escuchamos con alegría el chasquido, pero la luz no vino, y volvimos a escuchar un concierto de chasquidos y maldiciones sin que se hiciera la luz, menos mal que al fondo se recortaba la puerta del estar y podíamos orientarnos, anduvimos así pasillo adelante, casi ciegos, preguntándonos cómo podía doña Sagrario almacenar tanto arremingo inservible, tanta basura, tanta inmundicia, cómo era posible que hubiera llegado a acumular tanta mierda, el palo de un gallinero, tal que sí, cómo consiguió convertir en un estercolero lo que para cualquiera pudo ser un hogar, pero Tramullas dijo, hay que encontrarla, y lo cierto es que al rato, lo que son las cosas, olía, claro que olía, y mal, peor que mal, para qué engañarse, pero a todo se hace uno, como el burro a los palos, y ya no era lo mismo que al principio, si manteníamos el pañuelo cubriendo la boca y las narices era más por asepsia que por cualquier otra razón, por eso y porque todos esperábamos encontrar los restos de doña Sagrario, en avanzado estado de descomposición, como habíamos escuchado a veces en los telediarios que aparecían los viejos en sus pisos, por eso andábamos mirando, por si acaso, sin ver siquiera, y por eso Inesita nos pegó un susto de tamaño familiar cuando comenzó a gritar creyendo haber dado por fin con el cadáver, pero no, no era más que un guante de goma y, claro, por la noche todo lo pardo es gato, o al revés, y yo misma estuve a punto de caerme de espaldas al ver asomar un pie por uno de los armarios de

pared del pasillo, que en vez de un entierro hubiera habido dos, del susto, digo, si no hubiera sido porque Sole le dio con el pie y resultó ser un zapato, con Tramullas por delante, por si acaso, entramos en el salón, apartando cachivaches, sin apenas pisar el suelo, que andaba todo cubierto de porquería, allí al menos se veía algo, y fue don Serafín Dueñas el que nos dijo entonces, mirad, y lo dijo de un modo que nos hizo pensar que ya, pero no, tampoco, lo que don Serafín quería que mirásemos no era el cadáver de doña Sagrario, todavía por encontrar, pobre, que iba a ser un susto, para nosotros, digo, pues lo que quería don Serafín que mirásemos era una caja de cartón, Tramullas dijo "coño", Sole dijo "coño", yo dije "coño, e Inesita estuvo de acuerdo, "coñoóóó...", porque aquella caja de cartón estaba hasta los topes de billetes de banco, nuevos y usados, de todos los colores, allí tenía que haber por lo menos..., o más, eso dijo Tramullas, o más, ni había visto nunca ni volveré a ver jamás algo tan hermoso, todos metimos la mano en el botín, por tocar, que no era cosa de poca fe, qué va, que todos creíamos en ello, pero nadie puede resistir una tentación así, ni siquiera don Serafín, que expresó en voz alta una sospecha que nadie estaba por la labor de admitir, cómo iban a ser falsos, hombre, a la legua se veía que no, que mirase, el tacto, la marca de agua, las irisaciones de las bandas..., y don Serafín volvió a la carga, a ver si no eran de curso legal, pero ya nadie le escuchaba, éste don Serafín qué cosas tenía, hasta que Sole nos volvió a todos a la realidad, había que hallar a la dueña, teníamos que encontrar a doña Sagrario y dar parte a la policía, pobre, viviendo en la miseria, siendo rica, pero no hizo falta, ni siquiera dar parte, porque desde el pasillo nos llegó la voz gruñona de doña Sagrario que amenazaba gritando histérica, que le podía dar algo y quedarse tiesa allí mismo, que ya hubiera sido casualidad, en medio de las sombras con su bastón levantado, sinvergüenzas, gritaba, ladrones, que nos íbamos a enterar, entrar así, en su casa, aprovecharnos de una pobre anciana, sinvergüenzas, y cuando entró al salón repartiendo mandobles a diestro y siniestro, pobre Tramullas, que se llevó la peor parte, enfilamos de regreso el pasillo para salvar la poca dignidad que nos quedaba, si es que de ella quedaba algún rastro, y allí se quedó doña Sagrario, gritando, desesperada, amenazando con las iras de Dios y prometiéndonos el infierno mientras cada cual hacía de tripas corazón y trataba de rumiar en la intimidad su porcentaje proporcional de ridículo correspondiente, que eso iba en partes alícuotas, como tantas otras cosas, menos Inesita, para eso estaba Tramullas, para apechugar, o no le había

dicho ella lo que podía pasar, pues eso, eso le decía subiendo las escaleras, hacia el piso, y lo peor de todo no era el ridículo, lo peor era que seguía oliendo fatal a pesar de que al día siguiente amanecieron cuñada y sobrina por casa de doña Sagrario, al husmo de los dineros, ahora sí, claro, anda que no había guipado yo a la sobrina, y se trajeron una brigada del ayuntamiento que desalojó el piso de basura, y se llevaron a su querida tía Sagrario, cantándonos a la cara las verdades del barquero, bueno a la cara no, que no asomamos el morro, y las maldades que el cuerpo nos había consentido para con su tía, de modo que ya no huele, al menos no de aquella manera, en unos días ni nos acordamos ya, seguro, a doña Sagrario no le hemos vuelto a ver el pelo, ni a tener noticias, bueno, noticias sí que tenemos, pero a través del juzgado, la buena señora, asesorada por sus allegadas ha presentado denuncia por allanamiento de morada, o sea que entramos, y, lo que es peor, por robo, que dicen ahora que a doña Sagrario no le salen las cuentas, qué cuentas le van a salir si la mujer anda más en cualquier mundo que en éste, y ya dice don Serafín, que nosotros no hemos tocado un billete, ¿o sí?, pues entonces, pero no sé, no sé, aquí claro, lo que se dice claro, no hay mucho, porque para mí que no todo es trigo limpio en esta escalera, y ya digo, doña Sagrario estaba majara, dijera lo que dijera la asistente social. Y esto se veía venir. O casi.